

LA HUMORADA, ANTES DE CAMPOAMOR

PILAR VEGA RODRÍGUEZ
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

*Para Ana Vígara,
colega y amiga tantos años,
¡gracias!*

Resumen. Las “humoradas” de Campoamor, como sus “doloras”, géneros poéticos inventados por él, lograron una entrada propia en el Diccionario de la Real Academia. Sin embargo, la “humorada” era una forma tradicional de chiste, muy utilizado en la prensa y en el teatro.

Palabras clave: Humoradas. Prensa y periodistas en el siglo XIX. Humorismo y fantasía.

En la época de la poesía realista autores como Gaspar Núñez de Arce, Emilio Ferrari, Federico Balart, y muy especialmente Ramón de Campoamor, buscaron romper con el subjetivismo y exaltación sentimental de los románticos para ocuparse de la nueva situación del hombre moderno en el contexto de la mentalidad positiva y el desencanto. Para ello centraron sus poemas en cuestiones cotidianas, asuntos civiles, tecnológicos o políticos y desarrollaron la estética del poema de tono menor, sentencioso, sentimental, de inspiración no libresca (baladas, cantares, rimas, ecos, elegías, dolores, ayes, etc) si bien al lado de himnos resonantes cívico-políticos y fábulas de aplicación filosófica.

La renovación de los géneros poéticos en el Realismo se realizó por la reforma del lenguaje poético. El poeta realista se deshace de un repertorio gastado de fórmulas expresivas, insinceras, desmesuradas, o ridículas, que ya no puede servir para comunicar el mundo sentimental del hombre moderno. La innovación expresiva se busca por los caminos del lenguaje hablado, hasta desembocar incluso en el prosaísmo y la vulgaridad. Pero esta indagación produjo también una rica cosecha de experimentación lírica. Singularmente Ramón de Campoamor fue uno de los más activos impulsores de esta renovación (hasta llegar a confeccionar toda una Poética). Desde los orígenes de su obra lírica se propuso indagar en el ámbito coloquial, primero en la expresividad del cantar popular que da curso a los dolores íntimos, como *Ayes del alma*, publicado en 1842. Después vienen, cuatro años más tarde las *Doloras* (1846) y en 1861 sus *Cantares*. Desde 1869 trabaja en los *Pequeños poemas*, título baudelairiano que da lugar a la publicación de una primera serie en 1871. Y por último llegaría la poesía ligera unas veces, intencional otras, “pero siempre precisa, escultural y corta” (Sáez, 1976:61) de las *Humoradas* en 1886.

En el prólogo de la primera edición de las *Humoradas* definía Campoamor este nuevo género poético:

¿Qué es «humorada»? Un rasgo intencionado. ¿Y «dolora»? Una humorada convertida en drama. ¿Y «pequeño poema»? Una dolora amplificada.
(Dedicatoria a Marcelino Menéndez Pelayo)

La humorada devenida en drama se transforma en “Dolora”. En efecto, tal fue la especificación que Campoamor añadió a obras dramáticas como *Guerra a la guerra*, estrenada en el Teatro Español (Madrid) en 1870, o *El palacio de la verdad*, de un año después, “doloras dramáticas”. Humoradas doblemente dramáticas puesto que la humorada dramatizada, que era en sí la dolora, alcanzaba formato teatral. Sin embargo sería el rótulo de “pequeño poema” el más utilizado por el poeta para definir otras de sus piezas teatrales. En todas estas disquisiciones sobre la “dolora” y la “humorada” es plausible entender un rasgo de esnobismo que mueve al poeta a reclamar una invención de vanguardia. De hecho, en el mismo lugar donde Campoamor explica la constitución de la humorada agrega una apostilla que contradice lo anteriormente descrito: “Llamo «humoradas» a los pensamientos adolorados, que, por carácter de forma dramática, no se deben incluir entre las doloras”. Sin embargo, me gustaría precisar, difícilmente pueden advertirse en las humoradas de Campoamor trazas narrativas o dramáticas. Porque estas composiciones, generosamente valoradas en su época, se componen a veces de un solo dístico, de muy pocos versos en todo caso, y se centran prioritariamente en el tema central del desengaño y el fracaso, principalmente en amores, derramando consideraciones tópicas en metros prosaicos y banales. La forma preponderante es el soliloquio y en contadas ocasiones la apelación a la amante.

¡Quién de su pecho desterrar pudiera
la duda, nuestra eterna compañera!

Al mover tu abanico con gracejo
quitas el polvo al corazón más viejo.

Las “humoradas” son poesías “cortas, tristes, risueñas, galantes o satíricas”. Manifestaciones de un humor muy particular, desde luego. Pero el humor, como recordaba Vigar (1994) tiene que ver con “una actitud subjetiva” (20), no siempre identificada con lo cómico; con “una posición ante la vida” (Fernández Flórez, apud Vigar, 20) o “disposición de ánimo” (Casares, ibid, 20). Mientras el cómico nos hace reír, el humorista nos mueve a pensar. La visión, actitud y carácter de cada uno guarda relación con su precisa constitución corporal. Así lo entendían añejas teorías médicas que continuaron vigentes hasta final del siglo XVIII (Sosa, 2007:173) y desde esta perspectiva se organizaron las diversas modalidades de la sátira al comienzo del periodismo, singularmente en el ámbito anglosajón.

De esta disposición concreta y caprichosa del humor de cada uno proviene la “humorada”, como la define el Diccionario de la Real Academia de 1884 (el más cercano a la primera edición de las *Humoradas* de Campoamor): “Dicho o hecho festivo, caprichoso y extravagante” en la que es posible apreciar el humorismo”. Se trata de expansiones del humor, del genio, explica el propio Campoamor, “que el vulgo suele llamar salidas de tono” y en las que “prepondera la tendencia cómico sentimental que se entiende por humorismo”(Campoamor, 1886). En la “humorada” se advierte una actitud distanciada, ingeniosa, sólo ligera en apariencia, que provoca la sonrisa por su amargo contraste (Sáinz de Robles, 1946:177) un tipo de humor que es, decía el crítico González Blanco “como una

fusión del áspero y húmedo humour británico, nacido del spleen lluvioso, y de la jacarandosa socarronería castellana, hija del buen sol". (1911: 160).

Teme a las ilusiones;
que es peor la ilusión que las pasiones.

Mártir en lo pasado, ya inclemente
aspira a ser verdugo en lo presente. (Campoamor, 1886)

Su principal aportación es la introducción de un tono poético desconocido, que incluye lo cómico y lo trágico, lo jocoso y lo cínico, lo inoportuno (la salida de tono de que habla el poeta) y la ingeniosidad, su voluntario ingreso en lo grotesco y anti-romántico.

Ayer le enajenabas con tu acento;
pero hoy ya le constipas con tu aliento.

Saben bien los amantes instruidos
que quieren decir sí tres «nos» seguidos.

(...)

Esa fue tan coqueta, tan coqueta,
que era, excepto en matarse, una Julieta. (Campoamor, 1886)

Dado el tono de estos versos no es extraño que Campoamor acabara recibiendo la acusación escéptico y cínico. A esta amonestación protestó el poeta diciendo que el escéptico descrea de lo espiritual, y que, para él, nada había más natural en el mundo que lo sobrenatural. El escéptico no cree, el humorista se ríe precisamente porque cree. Más que acusarle de escéptico deberían sus lectores ver en las humoradas a un estoico. "Esto de reírse del dolor propio y del ajeno, más bien se podría llamar estoicismo" (Campoamor, 1886). El humorista es un filósofo. Sólo él logra dar a sus obras una altura excelsa, "superior a nuestras ambiciones y a nuestras finalidades" (*ibid.*)

La fuente del humorismo es el contraste: "La composición de situaciones, de ideas, actos o pasiones encontradas. La posición de las cosas en situación antitética que suele hacer reír con tristeza". (*ibid.*) Y hasta tal punto es el humorismo vena esencial del carácter español que ha sido capaz de instaurar un género, la tragicomedia. Y lo mismo puede decirse de la tradición británica.

El humorismo francés es satírico, el italiano burlesco, y el alemán elegíaco. Sólo Cervantes y Shakespeare son los dos tipos del verdadero humorismo, serio, ingenuo y candoroso (*ibid.*).

El término "Dolora" inventado por Campoamor para designar otro tipo de poemas fue acogido por el Diccionario de la Real Academia en 1925. La "humorada", en cambio, era un vocablo que existía en el castellano al menos desde el siglo XVIII y tenía su origen, como ya se ha dicho antes, en la idea de que los humores corporales explican los estados de ánimo y los temperamentos. El "humor", "cuerpo líquido y fluido", sustancia predominante en el cuerpo otorga a cada sujeto un específico genio. El "humor" hace la condición natural de cada uno.

En 1734 definía la "humorada" el *Diccionario de Autoridades* como el "Chiste gracioso, ó hecho que se celebra por el contento que da á los que lo ven y oye". La definición se

perpetuará hasta 1822, cuando se modifique (“Dicho ó hecho festivo, caprichoso y extravagante”), para insistir en lo que los vocabularios extranjeros ya notaban, la humorada es “enjouement, air enjoué, manières agréables de dire et de railler les choses” (1776:108), que correspondería al latín *Lepiditas. Festivitas, atis* y al inglés, “jest or fact applauded”. El *Nuevo diccionario francés-español* traducido por Antoni de Campmany entendía la humorada como ventolera “bouffée de vent” o “Bouffé” (1805:95)

La atención a ese rasgo inopinado, fruto del humor circunstancial, es lo que tratará de marcar la nueva comprensión de la “humorada” entre 1822 a 1984. En esta última fecha el *Diccionario* incorpora la alusión a Campoamor: “Breve composición poética, de aspecto paremiológico, que encierra una advertencia moral o un pensamiento filosófico, en la forma cómico-sentimental propia del humorismo. Tanto el género como su denominación fueron introducidos por el poeta español Ramón de Campoamor” La definición subraya que la humorada es vecina de los apotegmas, dicitos, y dichos, elaborados ahora por Campoamor en sus propias composiciones, en forma de dichos ingeniosos, sutiles, que manifiestan humor y desengaño acerca de la vida.

Pero la singularidad concedida por la Academia al poeta es sorprendente. Las “humoradas” de Campoamor se reducen a un puñado de composiciones sin gran repercusión crítica o literaria mientras que la “humorada” como pieza breve teatral de carácter festivo y argumento ingenioso, tanto declamada como cantada, a la que incluso podía acompañar un baile, como bien saben los autores de Diccionarios del teatro, cuenta con numerosísimas producciones. Para este tipo de obrillas sin trascendencia que servían para aderezar el programa de una velada dramática se utilizaron multitud de términos en la crítica del siglo XIX: “juguete cómico”, “apropósito”, “disparate”, “fantasía”, “gacetilla”, “comedia musical”, etc. Pero mientras el “juguete cómico” aparece plenamente naturalizado en torno a 1840 como término en la crítica teatral de la prensa y en los anuncios de cartelera (al igual que el “disparate” y el “apropósito”, menos frecuentes) la “humorada” es de aparición más tardía. En los grandes repositorios digitales de prensa histórica española no la encontramos plenamente consolidada como pieza teatral hasta la década de 1860.

Es cierto que en 1781 se documenta la palabra “humorada” en el contexto de un anuncio teatral. La compañía de Martínez representa en el Coliseo del Príncipe la comedia titulada *La Religión Española y Musulmana nobleza*, el sainete *El perlático fingido*, y la tonadilla *La Humorada de Garrido* (*Diario curioso, erudito y comercial*, 10 de noviembre, 1781, 164). Pero es obvio que este título no representa un subgénero sino una ejemplificación de lo que coloquialmente se entiende por “tener una humorada”. No será hasta 1836 cuando se localice una pieza de este estilo, traducida del francés, la humorada cómica titulada *Noche de novios*, en un acto, y para cuatro papeles que hacía un solo autor (D. José Valero, dos de mujer y dos de hombre, en *El Eco del comercio* 24 de diciembre 1836, n.º 969, 4; *Diario de Madrid*, 25 de diciembre 1836 n.º 636, 1). En el curso de su evolución la humorada teatral irá rodeándose de apelativos, según su tono, contenido, y modo de enunciación, *lirica, cómica, comico-lirica, política, satírico, fantástica, crítico* literaria, sainetesca, dramática.

A partir de esta fecha, si registramos en la prensa de información general los usos del término es posible configurar un mapa de sus contextos de aparición, relativamente estable según permite documentar el uso lexicográfico.

En el discurso periodístico la locución “tener una humorada”, “darle la humorada” se utiliza a la hora de referir sucesos, noticias, describir personajes, crear un carácter, narrar, etc.

Se puede tener la humorada de ingerir algo perjudicial, dañoso, o en cantidades excesivas; de dar a luz o de nacer en el lugar menos apropiado; de morir exactamente igual; de hacer un viaje oneroso, inoportuno, inimaginable; de marcharse cuando menos convendría; de andar quinientas leguas para nada; de ir a pie en el trayecto que debería hacerse en coche o a caballo; de sacar conclusiones absurdas; de dar un cargo a quien menos lo merece, de

asegurar como cierto lo imposible; de hacer una tarea tediosa e inútil; de estar despierto cuando todo el mundo duerme, etc, etc.

La humorada es tanto una broma benévola como de mal gusto

—¿Te acuerdas cuando *se dio la humorada* de decir que querías ser fraile capuchino sin otro objeto que el de embromar a nuestros directores? (Joaquín Ezquerro en la necrológica de Hilarión Pazos, *El Español*: Número 257 -14 de julio 1836, p.4)

—Hoy se ha celebrado como es de costumbre el entierro de la sardina en la pradera del canal. La concurrencia ha sido inmensa, las meriendas muchas, y los enterradores *han tenido la humorada* de llevar en el féretro un muñeco que figuraba a D. Carlos con una sardina en la boca, al cual han sepultado en señal de lo que harían con el pretendiente. ¡Oh, si en Navarra se hiciera al vivo este paso! Muchas lágrimas, caudales y sangre se ahorraría España con la muerte de un monstruo que la despedaza (*El Eco del comercio*. 18 de diciembre, 1836, n.º 659, p. 4.)

Persuadidos, además basta la evidencia, de que las razones para Vd son margaritas desperdiciadas; y firmemente decididos, por último a que cesen cuanto antes esos “más es Vd” que son su predilecta comidilla, vamos a dar punto a una correspondencia, que, si bien podría tolerarse alguna que otra vez *por humorada*, llega a hacerse enfadosa cuando es muy repetida... (*La España*, Madrid, 10 de agosto, 1850, n.º 718, 4.

La humorada es también una disposición inopinada de hacer algo, o un cambio súbito de talante, un capricho, un sentir pasajero que obedece al cambio de humor

Querido amigo: *una humorada*, de tantas como en este siglo de caprichos, tienen los hombres, me ha hecho ver la patria de los Iriartes y de los Bencomos. Te dejé disfrutando de las delicias del Prado, y después de haber saludado la célebre Giralda, y haber admirado los magníficos vapores, que embellecen con sus banderolas el Guadalquivir, descansé en la soberbia Cádiz, de cuyos encantos no quiero acordarme. (“Viajes, rápida ojeada sobre las islas Canarias”, *Semanario pintoresco español*. 21 de abril de 1844, n.º 16, p. 7)

Es la humorada una especulación fantástica o un dicho gracioso:

— No te desconsueles, pobre Francisco, que si yo he perdido una pierna, tú no tendrás que dar lustre más que a una bota (*Boletín de medicina, cirugía y farmacia*. 22 diciembre de 1836, p. 2; “humorada” de Latour Mabour a su criado cuando un cañón le destrozó la pierna, recuerda el periodista)

Un día mi tío el mayorazgo, *tuvo la humorada* de sacar al campo al buen sastre Camba, que por este nombre era ya conocido, y para experimentar su habilidad le dijo, vamos maestro ahí tiene vd esa carga de tierra que hace una sembradura; figúrese V que todo eso es paño, a ver cómo me corta para mí una capa. El ingenioso profesor echó sus líneas por la tierra adelante capa bien cortada y concluyó diciendo: “aquí se echa una camba” (*Fray Gerundio*, capillada 9, 1 enero de 1837 p.15)

Un dicho y ocurrencia que encierra extravagancia y / o crueldad:

He creído que podrá ser de alguna utilidad al estudio de las ciencias conocer cuáles son los efectos que produce el carbón en nuestros sentidos. Supongo que nadie *ha tenido la humorada* de hacer este experimento y dejarlo consignado y al mismo tiempo quiero dar una prueba de que mi muerte es un acto voluntario en mi, ejecutado a sangre fría y de ninguna manera por efecto de desesperación ni de locura (*El Jorobado*, Madrid 1 junio de 1836, p. 3)

El general en jefe *ha tenido la rara humorada* de hacer construir hornillos de bala roja en todas las baterías de la playa para que perezcan abrasados los enemigos que se acerquen a la cota (*Diario constitucional de Barcelona*: Número 285 – 13 octubre de 1823, p.13)

Un estado de ánimo optimista o una diversión inocente

En el café Bilbaíno, célebre por sus excelentes bebidas y notable aseo, se ha puesto un gran piano que toca un hábil músico y algunos de los más sobresalientes profesores de la capital, que han tomado el establecimiento por vía de tertulia y que *por humorada* suelen hacer de él una academia. (*La España*, Madrid, 31 enero de 1849, n.º 245, p. 4.)

Un modo libre de discurrir, “por humorada”, no serio:

No careció Gallardo de talento para la poesía; y aunque escritas *como por humorada* y sin pretensiones de merecer el nombre de poeta, dejó algunas pocas composiciones muy lindas (*Semanario pintoresco español*. Madrid. 5 junio de 1853, n.º 23, 3).

Una afirmación a la que no se puede prestar crédito

En cuanto a los motivos del suicidio nadie pudo dar otra razón sino los que se le había oído decir al mismo M.D. pocos días antes: "que para un hombre de bien era la muerte preferible á los disgustos y á las privaciones da toda especie, a las cuales estaba sujeta la vejez" pero estas palabras nadie las tomó sino *por una humorada*, sin consecuencia alguna (*El Español*, Madrid. 26 marzo de 1837, n.º 510, 4.)

En definitiva, quien “tiene una humorada” se deja llevar por la inclinación, el humor, o tiene una ocurrencia que conlleva una acción, realizada muchas veces ante un escenario o un público. Episodios de este tipo son anotados como reales en la sección de gacetilla de los periódicos.

Estas anécdotas reales son referidas a través de una estrategia similar a la de los chistes. En primer lugar porque la gacetilla proviene de fuentes orales. Aunque el autor de la anécdota pueda ser reconocido, un escritor singular, la redacción del texto proviene de la pluralidad de varias narraciones previas (los informantes) las cuales funde el escritor en una sola versión no del todo independiente de su origen popular. La gacetilla, pues, surge por la transcripción de un pre-texto (Vigara, 1994:136) La comunidad de recepción es mostrada en ocasiones por el periodista (que hace alusión a la lectura de la anécdota en otro periódico, o a la opinión que corre en la calle) y en otros casos puede ser comprobada en el propio repertorio: varios

periódicos refieren la misma anécdota en versiones amplificadas, abreviadas, literaturizadas, discutidas en cuanto a su credibilidad, etc

Tal vez el cronista pueda responder del suceso por haber sido testigo de él. En este caso la humorada resulta incomprensible y absurda para quien contempla la acción de los personajes, pero quizá no lo sea para ellos mismos. Incluso en este supuesto, cuando el suceso es trasladado desde la observación directa del periodista sería difícil pensar que el profesional no ha contrastado versiones y testimonios, y de algún modo, recibido una versión oralizada. Por otra parte, las anécdotas son redactadas en el tono característico del chiste oral tal como lo describe Vigara: evolución hacia el efecto sorpresa en torno al cual se desarrolla un juego de ingenio, utilización de los mecanismos de transgresión lógica y / o moral, alusión eufemística, desarrollo en el formato escena, focalización en elementos secundarios de la historia, etc (1994: 73)

Veremos ahora algunos ejemplos

Hace dos o tres días que por una calle principal de esta corte atravesaba a paso regular una carretela en que iba una elegante señora de mediana edad pero de palmito recomendable, la cual llevaba su blanca mano por fuera del coche. Un joven que se dirigía por la misma calle *tuvo la humorada de* asirle de la mano, saludándola con la mayor familiaridad, todo a consecuencia de una apuesta que el osado mancebo había hecho con uno que le acompañaba. El desenlace fue muy satisfactorio para aquel, porque la dama, ya por seguir la broma o por otra causa cualquiera, contestó a sus saludos con la mayor dulzura y mandando detener el carruaje hizo subir en él a su amigo improvisado (que no es corto de genio por la cuenta) y se dejó acompañar por él hasta la puerta de su casa la cual le ofreció como *suya*. (*El Español*: Madrid, Segunda época, n.937, 14 julio de 1847, p.4)

El texto refleja una broma mutua. Una mano abandonada así, al desgaire, es una petición tácita de saludo. Impulsado por la apuesta el joven estrecha la mano de la dama que asoma por la ventana. La dama colabora en el juego, finge hasta el último momento familiaridad con el desconocido, hasta el punto de ofrecerle su casa. Con lo que la broma se reinvierte ¿quién es el que gasta la humorada? El lector siente vacilación a la hora de interpretar la gacetilla. ¿Conocía entonces el joven a la mujer? ¿cómo es posible que un mero gesto haya servido para introducirle en el trato con la bella? A la extrañeza del lector se suma la ironía del periodista, que se muestra próximo al bromista. La ocurrencia es arriesgada puesto que requiere de una apuesta para ser puesta en práctica, a la que corresponde una reacción inesperada. La anécdota se monta sobre un efecto sorpresa y sobre el mecanismo de la transgresión. No es apropiado que dos desconocidos se saluden tan familiarmente (Vigara, 1994:73)

En el siguiente texto la anécdota se funda en la ironía desde su título.

Un domador de ratones. Leemos en el diario de Barcelona. Hemos visto discurrir por las calles de esta ciudad a un hombre que por su traje demuestra ser aragonés, que *ha tenido* la paciencia y *humorada* de domesticar de modo admirable un pequeño ratón al cual siempre lo lleva suelto y colocado sobre el hombre cual si fuese una pequeña ardilla. El animalito, que tiene puesto un collar de grana con algunos cascabeles, parece que comprende con singular instinto las órdenes de su amo, así es que cuando éste se acerca a hablar con alguna persona pasa a esconderse entre los pliegues de su chaqueta, hasta que a una pequeña seña asoma diligente su cabeza y pasa después a colocarse en el lugar acostumbrado y

permanece en él mostrando la mayor docilidad. Mucho trabajo debe haber costado el vencer la natural timidez de un bicho de esta especie, y nuestro hombre, que al parecer lo ha hecho sin ninguna idea de especulación, se pasea muy ufano con su ratón, llamando la atención del público (*El Español*: Madrid, segunda época, n. 1008, 6 octubre de 1847 p.2)

El término *in absentia* de esta ironía es “leones”. El domador domestica animales, que no son dóciles ni mansos, para servirse de ellos con diversos propósitos. En el caso de las fieras, pueden ser exhibidas en espectáculo. Otros animales domesticados son útiles en la vida cotidiana. Pero es absurda, por completo, la idea de domesticar un ratón, descrito como un “animalito” tímido, y es un personajillo combatido por todos los medios en la vida doméstica. Que el ratón ha sido domesticado lo prueba el hecho de llevar el collar (lleno de cascabeles) y de que, pese a su andar suelto, no se separe de su dueño aragonés. La mención del origen del domador configura de inmediato su carácter, tozudo y caprichoso. Sólo a un aragonés le vendría la ocurrencia absurda de domesticar a un ratón. La ironía de lo omitido en esta humorada juzga el caprichoso comportamiento del personaje: el cascabel lo lleva el ratón, no el gato.

El siguiente texto, de resabios quevedescos, funda la humorada en la utilización de la metonimia. El protagonista de la humorada es un holgazán, de los muchos que pasan el día en la Puerta del Sol. El objeto de la humorada es una actividad inútil (contar el número de piernas) y tediosa, puesto que exige la atención de toda una jornada, para llegar a la conclusión exacta, que con el pretexto del barrizal de la calle 3501 hijas de Eva enseñaron sus piernas. La actuación del protagonista de la humorada es extravagante, incluso reprehensible, si bien sólo repercute en la importunidad y absurdo.

Curiosidad diabólica. Un holgazán de los que pasan su vida en la Puerta del Sol, tuvo pocos días hace la humorada de ir apuntando las mujeres que pasaban por allí enseñando las piernas con pretexto del lodo. Para simplificar la operación dividía nuestro quidam las piernas en tres clases:

Piernas en buen uso, con botitas, medias blancas y alrededores pintorescos y perspectivas acarameladas 365.

Piernas golosmeadas (como dice Tirso de Molina) con zapato de galgas o botas viejas, alrededores de loco, flecos... ¡chitón! medias con punto, medios puntos y arcos de iglesia, pertenecientes sin duda a solteronas, modistas, doncellas de labor, francesas emigradas, pasiegas en ejercicio, gallegas que lo buscan, amas de huéspedes etc, etc, 1226.

Piernecitas de caña de azúcar, con botas invisibles, flecos de mírame y no me toques, cercanías transparentes y olor de sopas con leche, etc. 442 Estas eran por lo común, pollitas que iban a la iglesia, a casa de la amiga y a ver el novio de paso Patas parecidas a patatas, con zapatos anónimos, medias cesantes, alrededores de jabalí, flecos de color de carne y olor a sobaquina, 1768

Resulta pues que el domingo en la Puerta del Sol enseñaron al público lo que guardaban hasta los loros, unas 3501 hijas de Eva, aproximadamente. (*El Bolear: periódico de la tarde* Año 5 Número 1370 – 24 octubre de 1852, 2) *El Heraldo*, Madrid. 14 octubre de 1852, p. 3 arroja otras cifras, 563, 1126, 142, 1768, que suman 4501.

Las piernas, miembros a los que un excéntrico sujeto observa lo largo de veinticuatro horas, son el objeto de la investigación; pero aluden a la persona completa que las posee, una hija de Eva. El segundo recurso de la comicidad en esta humorada es la personificación. Convertidas

en un objeto intencional las piernas reciben todo tipo de calificaciones dependiendo de la edad, condición, categoría, oficio de sus propietarias. El rótulo de la humorada, sinónimo de curiosidad malvada, se apoya en la metátesis. La curiosidad del excéntrico personaje que recuenta las piernas es diabólica no porque el diablo sea curioso sino porque es el instigador de la curiosidad de Eva, el deseo de conocer lo que no importa y lo que puede perjudicar a otros. La expresión, típica del folletín de la época, remata la sugerencia del texto. Las hijas de Eva enseñan las piernas no por descuido, sino intencionalmente. A la actitud provocativa de las mujeres responde la curiosidad del humorista que se detiene en el tabú, representado por los puntos suspensivos y la exclamación ¡chitón!

La ocurrencia quizá provenga de una noticia que fue bastante difundida en la prensa de Madrid, sobre un sujeto que pasó un día contando los coches que cruzaban la puerta del Sol. En muchas ocasiones las gacetillas de la prensa hablan de este espacio como un lugar donde se concentraban todos vagos y desocupados, propicio para las habladurías, difusión de rumores y comisión de robos:

—Un sujeto que vive en la puerta del Sol, y á quien tiene sumamente disgustado el ruido insoportable de los carruajes que continuamente ruedan por aquel sitio ha tenido la humorada de colocarse un día en su balcón y contar los que transitaron desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche, y resultó salva distracción ó equivocación de cuentas que pisaron en el indicado periodo cuatro mil setecientos setenta y tres carruajes de todas clases incluidas las sillas y carrillos del correo. El vecino que nos comunicó esta noticia añade que el día que dedicó a semejante operación, no fue por cierto de los que más movimiento ofrecieron en la puerta del Sol, y advierte que era viernes. Él mismo nos dice que según sus observaciones podrá calcularse que aproximadamente pasan cada día por los diferentes cruceros de dicho sitio, mas de trescientas mil personas de ambos sexos, contando los niños. (*El Popular*, Madrid, 4 septiembre 1849, p. 4.) (*La Época* Madrid; 4 septiembre de 1849, n.º 135, p. 4.

Por tratarse de sucesos y personajes reales, estas anécdotas y sucesos proponen un mensaje sobre las costumbres razón por la que podrían ser incluidas en el marco de lo satírico. El protagonista de los relatos asume los deseos ocultos del lector y el periodista corrige y censura a ambos. La acción de esta humorada es provocadora, transgresora, un sujeto entra en una cacharrería para destrozar los objetos expuestos sin el menor remordimiento, puesto que paga generosamente por ellos. Hay que decir también que en más de un caso en lugar del término “Gacetilla” el periódico decide rotular alguno de estos sucesos como “Humorada”

Humorada. -Un joven elegantemente vestido entró días atrás en una cacharrería, levantó el grueso bastón que llevaba, y empezó á repartir bastonazos a diestro y siniestro rompiendo infinidad de pucheros, jarras, fuentes y barreños...

—Oiga Vd. señor tunante, le dijo el dueño saltando por encima del mostrador con un garrote- ¿qué le han hecho á Vd. los cacharros?

—¿Cuánto debo?

—¡Cómo!

—¿Que cuánto debo? quiero pagar.

—¡Ah! exclamó el del garrote abriendo un palmo de boca, y mirando al impávido mancebo, á quien sin duda calificó de tonto ó loco. Echó una rápida ojeada sobre el campamento, y respondió después de un instante de reflexión: Debe Vd. diez duros.

—¿Nada mas?

—Si Vd. prefiere darme once, no tendré inconveniente en tomarlos.

—¡Una onza! dijo el mancebo echando una soberbia pelucona encima del mostrador.

—Le daré á Vd. la vuelta.

—Se la regalo á Vd.

El de los cacharros estaba atónito.

—¿Qué mira Vd.?

—Nada.

—Me ha caído la lotería; y he satisfecho un capricho que tenía hace tiempo.

—¡Ojalá tenga Vd. muchos por el estilo.

—¿Quiere Vd dejarse romper las narices y le doy mil reales?

—No señor.

—Pues... hasta la vista.

—Vaya Vd. con Dios.

He ahí un medio excelente de dar circulación al dinero.

(*El Clamor público*. 30 octubre de 1850, p.3).

Constreñido por la necesidad de adoptar una conducta urbana, o sumisa, para conservar un trabajo o unos clientes, llega el momento para el personaje protagonista de esta humorada en que es posible dinamitar la circunspección. La humorada juega con el desiderátum popular, ganar la lotería, para eximirse de toda represión y deber.

Humorada. Anteanoche ha ocurrido el siguiente hecho, de cuya verdad podemos responder. Siendo como las doce y media, marchaban dos caballeros en dirección opuesta por la calle del Carmen: al encontrarse se miraron como si quisieran conocerse, pero siguieron su camino; a los pocos pasos volvieron a mirarse, y poco después, por último, se plantaron el uno frente al otro. Permanecieron así en observación como una media hora, no sin llamar la atención de las pocas personas que ya transitaban por la calle; cambiaron después varias veces de posición, pero sin dejar de mirarse atentamente, y al cabo de una hora, cansados ya sin duda de estar de pié, se apoyaron ambos contra la pared. En el mayor silencio continuaron mirándose estos dos hombres que, para estar menos incomodados, habían soltado sus paraguas y se habían abrochado bien sus gabanes, porque el frío no dejaba de ser algo fuerte: así oyeron la una y media, las dos, las dos y media y hasta las tres; mas después de esta hora, uno de ellos, que sin duda había ya despertado del primer sueño, rompió al fin el silencio con esta exclamación:

—¡Aún está V. de ese modo! ¿Acaba V. de decir lo que quiere?

—Hombre, yo nada, respondió el otro observador; espero que usted acabe de explicarse.

Y sin decir otra palabra se volvieron la espalda, y cada cual continuó su camino.

No faltó algún sereno que, habiendo notado la actitud de aquellos dos seres inmóviles, se disponía ya a avisar á la policía para que viniera en su auxilio, a fin de acometerlos y sacarles de tan prolongado letargo. (*El Herald*, Madrid; 20 junio de 1848, p. 4. *Vide* también en *El Genio de la Libertad* (3 julio de 1848, p.1) tomado de *El observador*, (25 junio de 1848).

La anécdota subraya el absurdo de una situación en la que dos personajes que ni se conocen se mantienen a la espera y con atención extrema durante horas. Si el periodista puede responder del suceso es quizá por haberlo presenciado o por contar con fuentes muy fidedignas. Fuese o no testigo del hecho la impresión que deja el pequeño suceso es de irrealidad fantástica. Los detalles de escenario colorean la verosimilitud del relato (calle del Carmen, intenso frío, toque

de las horas) De algún modo los dos personajes se encuentran sumidos en una subconversación que ha tenido principio no se sabe cuándo, ni dónde, que quizá está produciéndose en ese mismo instante, y de la que nadie puede hacerse cargo.

En los ejemplos antes mencionados el término “humorada” no aparece en el cuerpo de la gacetilla sino en el título y la humorada se identifica por una acción extravagante, pernicioso para otros, inexplicable. En el que veremos a continuación la humorada, que tampoco figura en el cuerpo del texto es sustituida por una locución “se le puso en la cabeza” concibió una idea fija, caprichosa, fruto del humor del momento.

Humorada. El domingo un sujeto muy conocido se levantó por la mañana, muy bien dispuesto, y se le puso en la cabeza ir á los toros. Se encaminó al despacho de billetes invadido por una turba de taurófilos, y no pudiendo alcanzar localidad alguna regular acudió á un revendedor; este le pidió 50 reales por un asiento de galería, y habiéndole ofrecido 38 no quiso admitirlos, y no tuvo lugar la venta. Volvió el amigo al despacho, en el cual tuvo la suerte de hallar un tendido de sol, que le costó 6 reales vellón. Muy ufano se fue á su casa, tomó un ligero refrigerio, se puso un pantalón de lienzo crudo, una casaquilla de verano, un hongo, armóse de un paraguas, un frasco con dos cuartillos de agua y aguardiente, seis naranjas y tres paquetes de polvos de refresco, y cuando el sol lanzaba sus rayos perpendiculares sobre esta coronada villa, a la una del día, se dirigió ú la plaza de toros. Apenas llegó, cuando tomó asiento y celebró una contrata con un aguador para que le surtiera de líquido durante la corrida, y hecho esto abrió su paraguas y esperó en esta actitud hasta las cuatro y media de la tarde, que empezara la función. ¡Excelente candidato para una solterona! (*La España*. 10 julio de 1852, n.º 1.312, p. 4)

Otro modo de presentar estas situaciones sorprendentes y-o cómicas de las humoradas es la utilización del marco de un refrán o frase hecha, de modo que la gacetilla incluida a continuación sería una especie de ilustración del proverbio. Esta es la costumbre de periódicos como *El Clamor público* y *La España* hacia el año 1840. Es interesante recordar que por entonces la moda del proverbio ilustrado por la narración y el glosado por una acción teatral, era moda de importación francesa que practicaban algunos autores, entre ellos, Ventura Ruiz Aguilera. La práctica venía de un juego de sociedad de las veladas parisinas, la práctica de los cuadros en movimiento (Ezama, 2008)

En la literatura francesa podemos mencionar los *Proverbes dramatiques* (1823-1826) o los *Nouveaux proverbes dramatiques* (1830) de Théodore Leclercq , *Les cents proverbes o la sagesse des nations* de J.J. Grandville (1845) adaptados en España por F. Villabrillos *Los cien proverbios o la sabiduría de las naciones* (1845). En nuestra literatura, colecciones que vinculan el cuento y el refrán son los *Proverbios ejemplares* (Madrid, 1864) y *Proverbios cómicos* (Madrid, 1865) de Ventura Ruiz Aguilera (Vega, 1994)

Ay amor, cómo me has puesto. Dice un periódico de ayer por la tarde: Anteanoche en la esquina de la calle de Fuencarral al del Desengaño, advertimos a una pareja, que por las inflexiones de su voz, por lo que se aproximaban, por lo que se recogían y por otras señales para nosotros inequívocas, estaban departiendo de amores al fresco, y sin duda con tanto calor en el corazón como frío en las narices. Pues es el caso, que embebidos en su conferencia y para dejar libre la acera, fueron acercándose poco a poco a la pared. La Melisenda llevaba un magnífico abrigo de terciopelo con abalorios.

Nosotros que por casualidad nos hallábamos cerca combinando el medio de husmear noticias, verídicas por supuesto, sin gran trabajo, nos propusimos decir algo de la susodicha pareja, pero no creíamos nada de aquello que tan propiciamente principió, resultasen acontecimientos tan deplorables como los que presenciábamos y como los que prevemos. Un vendedor, y no sabemos de qué, le había dado la humorada de hacer pintar la puerta de verde claro, pocas horas antes de que nuestros enamorados le encontrasen, y apoyada la señora contra ella, borró con el abrigo de terciopelo, lo pintado y aquello era un dolor. Se despidieron, y al volver la cabeza mínimamente por detrás, cosa tan natural cuando antes lo habían hecho por delante, notó el galán el cambio de coloreen el abrigo de su amada, la llama por su nombre, que por cierto terminaba en -ita y principia a limpiarla; pero advirtiéndole que aquello pringaba, enciende un fósforo y vio lo que era. Aquí fue Troya. Maldiciones a dúo, quejas contra la policía que no manda que se ponga un farolillo como se hace en otros casos, o no prohíbe que se pinten esas puertas salientes (en eso llevaban razón porque, efectivamente, es mala broma para quien la padece) y por último, después de mucho hablar, medio se tranquilizaron protestando delatar este abuso a los periódicos. Nosotros nos apoderamos de él los primeros. La pareja se separó por fin, y a la embadurnada señora la oímos exclamar. ¿Y mi marido cuando lo sepa? El doncel no oyó esta interrogación; pero nosotros que si la oímos no podemos menos de llamar la atención del marido, cuya mujer entraría anoche por su casa con el abrigo de terciopelo pintado de verde. *La España* (Madrid, 17 diciembre de 1848, n.º 207, p. 4)

En esta humorada el periodista se retrata a sí mismo como paladín comprometido con la denuncia de los abusos. Este es el cometido del periodismo, manifiesta la pareja protagonista de la anécdota, que inmediatamente piensa en denunciar en la prensa la negligencia de la policía al descuidar el cumplimiento de las instrucciones públicas. Para el periodista lo que verdaderamente necesita ser denunciado es la infidelidad matrimonial, y por este cauce trata de prevenir al marido engañado que la noche anterior habrá visto llegar a su esposa con el abrigo pintado de verde. De este modo el foco del relato se centra en un asunto secundario, el vestido de la dama que, sin embargo, resulta central para la interpretación del texto.

Estas anécdotas no buscan provocar la risa sino facilitar una reflexión, están más cerca del humorismo que de la comicidad, y son, por ello, mucho más subversivas. Es obvio que las aventuras estupendas de la dama comprometen a toda la nación.

Motivo clásico de la burla desde tiempos inmemoriales es el matrimonio de dos viejos. Sobre este asunto encabeza la humorada una noticia de *El Clamor público* sobre una cencerrada dada a unos recién casados de venerable edad.

Ir por lana y quedar trasquilado Noches pasadas se verificó el enlace de una viuda con un caballero que acaba de llegar á Madrid. Entre ambos esposos reúnen la suma de ciento cuarenta y ocho años, si bien están robustos y sanos como dos manzanas. Varios prójimos conocidos de la secular pareja tuvieron la humorada de obsequiarla con un concierto de aficionados, los cuales se proveyeron de zambombas, chicharras, rabeles y cencerros en la plaza Mayor; se dirigieron en seguida á la casa de los novios á ejecutar algunos aires con los indicados instrumentos que los recién casados recibieron con marcadas señales de disgusto.

Para demostrarlo así á la musical turba, lanzaron sobre ella el continente y contenido de algunos vasos destinados á profanos usos, y de cuyas resultas quedaron algunos artistas de zambomba y cenceño asaz mal parados, y con sus personas y trajes echados á perder. En esta ocasión nos damos el parabién de que

hayan salido trasquilados los que iban en busca de lana, y a turbar las dulzuras de la luna de miel de este par de tórtolas. *El Clamor público*. (22 diciembre de 1848, p. 4).

La costumbre se repite cada vez que se casa un viudo o una viuda, de ella se ocupa D. José C. Bruma, en el *Averiguador universal* (31 de octubre de 1872,308) explicando que el sonido del cencerro, por lúgubre, pronostica lo que puede esperarse de un matrimonio desigual, entre un viudo y una joven, del que es posible suponer un futuro de infidelidad. Pero en este caso los dos casados son añosos. La detestable práctica de la cencerrada llegó a ser prohibida por ley en 1885. Pese al oficio asumido por el periodista de defensa de la singular pareja la ironía con que describe a los tórtolos es evidente.

En el mismo sentido se pronuncia el cronista de *La España* para referir un robo.

La del humo. La criada de don Nicolás Sánchez salió antes de ayer de casa de su amo calle de las Huertas número 9 con un talego de ropa que debía lavar en el Manzanares. Como este río suele tener la humorada de quedarse en seco a menudo, se cree que la dichosa criada estará esperando que llegue el agua, y sea esa la causa de la tardanza. *La España* (Madrid, 10 junio de 1849, n.º 355, p. 4).

Al capricho del río Manzanares iguala el humor de la criada esperando la traída del agua, lo que, de en ningún caso ha hecho, según precisa el rótulo de la noticia. La criada se ha marchado con el lío de ropa haciendo la del humo, expresión hecha equivalente a muchas otras frases castizas: “tomar las de Villadiego”, “ahuecar el ala”, “salir por pies”, etc. La anécdota cobra todo su sentido gracias a este modismo que otorga “complicidad afectiva entre los comunicantes” (Vígara, 1994:18). El efecto humorístico resulta de la comprensión de una serie de resortes intelectuales.

En el texto siguiente localizamos un buen ejemplo de naturalización de un chiste, que es dado como suceso real, con lugar de emplazamiento y detalles. Lo incluyen Manuel de Palacio y Luis Rivera en su *Museo cómico o Tesoro de los chistes* Librería M. Guijarro, 1863

Buen camino. Enfrente de uno de los cementerios de Madrid hay una taberna cuyo dueño tuvo la humorada de poner filosóficamente en la muestra la siguiente reflexión.

Aquí se está mejor que ahí enfrente

Un chusco escribió con la pared con gruesos caracteres

En suma, y para concluir estas reflexiones, la “humorada” tenía una larga trayectoria periodística y dramática antes de la formulación de Campoamor. Concretamente en el mundo del periodismo el humor es un ingrediente habitual de la crónica y gaceta, donde muchas veces se refieren hechos que en ninguna otra fuente podríamos recabar. De ahí su trascendencia tanto en los estudios históricos como literarios. Por lo demás, las razones del humorismo del periodista en la elaboración de las crónicas serían un interesante punto para la investigación histórico-literaria.

Bibliografía

CAMPOAMOR, Ramón de, *Doloras y Humoradas* (1886) Barcelona, Maucci.

CASARES, Emilio (1961) “El humorismo” en *El humorismo y otros ensayos*. Madrid, Espasa-Calpe, pp. 20-48

- EZAMA GIL, M^a Ángeles (2008), *Sociedad de Literatura Española del siglo XIX. IV Coloquio. La Literatura Española y las Artes (Barcelona, 19-22 de octubre de 2005)*, ed. de Jean-François Botrel et al., Barcelona, PPU, 2008, pp. 111-127.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao (1945). *El humor en la literatura española*. Discurso de recepción en la Real Academia, 14 de mayo de 1945. Imprenta Sáez, Madrid. pp. 1-29
- GÓMEZ GARCÍA, Manuel (1988) *Diccionario de teatro*, Akal.
- GONZÁLEZ BLANCO, Andrés (1911) *Compoamor (Biografía y estudio crítico)* Madrid, Saenz de Jubera Hermanos.
- SÁEZ, Mercedes (1976) *Campoamor, vida y obra*. Edil.
- SÁIZ DE ROBLES, Federico Carlos (1946) *Historia y antología de la poesía castellana*. Madrid, Aguilar.
- SOBRINO, Francisco (1776) *Sobrino aumentado o Nuevo Diccionario de las lenguas españolas*, Francisco Sobrino, François Cormon, De Tournes (Hermanos).
- Sosa, Nélida Beatriz. “Del humor y sus alrededores”, *Revista de la Facultad, FADESC-UNCo* 13, 2007, pp.169-183
- VEGA RODRÍGUEZ, Pilar. (1994) “Proverbios dramáticos y proverbios glosados”. Madrid, *Paremia*, II, 1994
- VIGARA TAUSTE, Ana María (1994). *El chiste y la comunicación lúdica. Lenguaje y praxis*. Madrid. Libertarias Produfi.

Pilar Vega Rodríguez (UCM)
pvegarod@ccinf.ucm.es